

jefe del gabinete prusiano presintió, aunque sin descubrirías aún, aquellas nuevas coyunturas; y con la prontitud traidora y violenta, que era el más terrible de sus dones, se dispuso á aprovechar el instante propicio.

Esperando la hora decisiva, aplicóse á desmentir artificiosamente todo rumor de reconciliación. En la mañana del 13 de julio, conferenciando con el príncipe Gortchakoff, que se hallaba de paso en Berlín, prorumpió en quejas sobre la excesiva longanimidad de su soberano, y atento á exasperar á Francia, manifestó el deseo de que las grandes potencias declarasen solemnemente al rey Guillermo su gratitud por el celo de éste en salvar la paz de Europa. Al mismo tiempo observó en la prensa prusiana un cambio brusco, y á la reserva cautelosa sucedió sin transición la violencia.

Entre todas las conferencias del canciller, la más sugestiva fué la que en aquel mismo día 13 celebró con el representante de la Gran Bretaña, lord Loftus. Habéndole felicitado el embajador por la aparente solución de la crisis, mostró Bismarck una fisonomía inquieta y manifestó la duda de que la renuncia del príncipe Leopoldo apaciguase el conflicto. El tono amenazador de Francia, dijo él, había apurado la paciencia prusiana; y numerosos telegramas llegados de Koenigsberg, de Bremen y de otras ciudades, manifestaban la irritación del país que juzgaba al rey débil y el honor sacrificado. El canciller dejó presentir que avisos procedentes de París anunciaban nuevas reclamaciones. Y, animándose, añadió: «El verdadero objeto del gabinete de las Tullerías es buscar la revancha de Sadowa. Pero si Francia tiene fe en sus ejércitos, tenemos en la victoria una confianza igual á la suya.» Como había hecho en 1866 respecto al Austria, el primer ministro denunció los armamentos del adversario. El Sr. de Gramont había hablado de garantías para el porvenir; Bismarck habló igualmente de ellas, como si de ambos lados del Rhin las dos arrogancias se hubiesen copiado una á otra. «Prusia, dijo el canciller, necesita estar segura de que Francia no abriga secretas intenciones belicosas, y la única satisfacción suficiente sería la retracción del discurso del 6 de julio; de lo contrario, no podrá mantener relaciones con el embajador de Francia, después del lenguaje que el ministro de Negocios extranjeros ha usado ante Europa (1).»

Tales eran el día 13 las disposiciones de Bismarck. Como las imprudencias francesas le proporcionaban sus ventajas, engreíase de nuevo, con el único deseo de evitar la paz. Mientras tanto esperábase con ansiedad noticias del rey. En esto llegó de Ems un telegrama firmado por el consejero privado Abeken y concebido en los siguientes términos:

«Ems, 13 julio 1870, á las 3 y 50 m. tarde.

»Su Majestad el rey me escribe:

«El conde Benedetti vino hoy á encontrarme en el paseo y me pidió de una manera muy apremiante que me comprometiera para el porvenir á no autorizar jamás una nueva candidatura de los Hohenzollern. Le probé del modo más perentorio que no se pueden adquirir

(1) Despacho de lord Loftus al conde Granville, 13 de julio de 1870 (*Correspondence respecting the negotiations preliminary to the War*, pág. 32). — Véase también lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, segunda serie, tomo I, pág. 278.

así compromisos para siempre. Naturalmente añadí que yo nada había recibido aún y que, puesto que él era avisado antes por París y por Madrid, era prueba de que no se trataba de mi gobierno.»

»Su Majestad ha recibido después una carta del príncipe. Como Su Majestad había dicho al conde Benedetti que esperaba noticias del príncipe, ha resuelto, á propuesta del conde Eulemburgo y mía, no volver á recibir al conde Benedetti á causa de su pretensión, y mandarle á decir simplemente, por un ayudante de campo, que Su Majestad había recibido del príncipe la confirmación de la noticia ya enviada de París, y que nada más tenía que decir al embajador. Su Majestad deja á Vuestra Excelencia el cuidado de decidir si la nueva exigencia de Benedetti y la negativa que se le ha opuesto deben ser comunicadas á los embajadores y á los periódicos.»

Eran las cinco de la tarde cuando llegó el telegrama. Bismarck se hallaba en compañía de los generales Moltke y Roon que habían ido á pedirle noticias y se habían quedado á comer con él. Descifraron el mensaje que revelaba relaciones cada vez más tirantes, pero no una ruptura definitiva. La benevolencia del rey, la reserva de Benedetti, la acción moderadora de las potencias, las miras pacíficas de la mayoría de los ministros franceses, todo dejaba subsistir ligeras probabilidades de paz. Esta perspectiva, aunque muy incierta, bastó para contrariar al primer ministro y á los generales. «Mis convidados, escribió mucho tiempo después Bismarck, quedaron tan aterrados que se les quitaron las ganas de comer.» El telegrama fué leído, releído y comentado, sin poder encontrar en él el rompimiento decisivo. A fuerza de reflexionar, el espíritu penetrante del canciller se fijó en la última frase del despacho: el rey dejaba al ministro en entera libertad de comunicar la noticia á los embajadores y á los periodistas. Esta publicación, hábilmente preparada y más hábilmente propagada, ¿no podía acentuar el despacho y precipitar las resoluciones irreparables? Dominado por esta idea, pero demasiado circunspecto para revelarla desde luego, Bismarck preguntó á Moltke: «Si la guerra resultase de súbito inminente, ¿qué tiempo exigiríais para completar vuestros preparativos?—Si hemos de hacer la guerra, replicó el veterano general, no tenemos interés alguno en que se aplace. Aunque no tuviésemos de pronto fuerzas bastantes para proteger las provincias de la izquierda del Rhin, nuestra prontitud no tardaría en ser superior á la de Francia. En suma, vale más romper en seguida las hostilidades que diferirlas.» Después de haber recogido estas palabras como un informe decisivo, el canciller tuvo una corta é intensa visión del estado de su país. El poder de Prusia estribaba, no en la simpatía que inspiraba, sino en la confianza en su fuerza. La condición de su prestigio estaba en su orgullo, y se acabaría su supremacía si se podía decir que había retrocedido. Una guerra verdaderamente nacional contra el enemigo hereditario era lo único que podía llenar el abismo que la historia había abierto entre el Norte y el Sur de la patria alemana. Después de haber precisado así su «punto de vista psicológico,» Bismarck, según él mismo confesó, fijóse en la gran resolución que pesará eternamente sobre su memoria. Te-

nia delante el telegrama de Abeken. No introdujo elementos nuevos en él, y materialmente no lo falseó; pero mediante una adaptación perversa, revistió del aspecto de un llamamiento á las armas lo que no era más que una información diplomática: «No añadí ni quité nada, escribió más tarde con cínica desenvoltura, pero hice algunas supresiones.» El telegrama enmendado decía:

«La noticia de la renuncia del príncipe heredero de Hohenzollern ha sido oficialmente comunicada al gobierno imperial francés por el gobierno real español. Luego, el embajador francés ha pedido en Ems á Su Majestad el rey que le autorizase á telegrafiar á París que Su Majestad el rey se comprometía para siempre á no permitir la renovación de la candidatura. En cuanto á esto, Su Majestad el rey se ha negado á volver á recibir al embajador y le ha mandado á decir por el ayudante de campo de servicio que no tenía ya nada que comunicarle.»

Bismarck leyó á sus convidados la redacción nueva, cuidando de hacer constar que no alteraba nada. Pero presentía como decididamente rota una negociación que, según el telegrama, parecía aún en suspenso. La justificación era superflua, pues los dos cómplices (no se les puede dar otro nombre) acogieron la estrategia con una admiración llena de placer. A Bismarck no le gustaba dejar perder nada del fruto de sus bellaquerías. Con su habitual destreza, completó en seguida su plan: «Es esencial que nosotros seamos los atacados, dijo. La presunción y la susceptibilidad francesas nos proporcionarán fácilmente este papel. Si, en virtud de la autorización de Su Majestad, comunico en seguida á los periódicos el texto que os acabo de leer, y si lo telegrafo además á nuestros embajadores, pronto será conocido en París; y no sólo por lo que dice, sino que también por la manera con que habrá sido propalado, producirá allí en el toro galo el efecto de la capa encarnada.» Esta perspectiva acabó de exaltar á los dos militares, y los tres volvieron á la mesa. De pronto habían recobrado las ganas de comer y de beber, y continuaban hablando alegremente. El grosero cuadro era digno de Jordaens, aunque con la condición de que Rembrandt proyectase en él uno de sus rayos de luz. Naturalmente, la «Providencia» no fué olvidada, y Roon invocó al justo Dios de los ejércitos que no dejaría sucumbir á Prusia. En cuanto á Moltke, al decir de Bismarck, la proximidad de la lucha lo puso en un estado de excitación agradable. A pesar de su ordinaria frialdad, salió de su pasividad aparente y fué expansivo y locuaz.

Lo que siguió á esta escena íntima queda grabado con rasgos indelebles en la memoria de los habitantes de Berlín. Era ya de noche cuando numerosos vendedores se desparramaron de pronto por las calles y plazas públicas, pregonando un suplemento de *La Gaceta de la Alemania del Norte*. Los transeúntes formaron corros y las tiendas ya cerradas se entreabrieron. Para que la difusión fuera más abundante, el suplemento se distribuía gratis. El periódico contenía el telegrama de Ems, pero modificado por la perfidia de Bismarck. La información, acompañada de los breves comentarios que le añadió la pasión ó el odio, produjo una impresión tan pronta como terrible. Nadie dudó en Berlín de que el embajador de Francia había insultado al rey, del mismo modo que en París nadie dudaría al día siguiente

que el rey había insultado al embajador de Francia. De una impostura de doble efecto brotaría la doble cólera que iba á lanzar uno contra otro á dos pueblos igualmente engañados. La noticia se propagó con la rapidez del rayo. Entre las diez y las once de la noche la plaza del palacio real se llenó de un gentío febril, que prorumpía en hurras al rey y gritaba: «¡A París, á París!» como gritaban: «¡A Berlín, á Berlín!» las turbas de París.

Para asegurar la guerra, convenía que á la emoción de las cancillerías se uniese un tumulto popular. Bismarck había tomado sus medidas para que el tumulto no faltase. Durante aquella noche se telegrafió á los agentes de Prusia cerca de las cortes extranjeras el artículo de *La Gaceta de la Alemania del Norte*. Los partes fueron expedidos á las once y media para Dresde, Hamburgo, Munich y Stuttgart, y á las dos y media de la madrugada para San Petersburgo, Florencia, Bruselas y Berna (1). La comunicación se hizo, no á título oficial, sino á título de información, de modo que, si Francia protestaba, se pudiese afectar la sorpresa, el asombro de que se indignase por una simple comunicación oficiosa, y denunciarla, después de todo, como provocadora. En la mañana del 14 de julio, la perversa maniobra se había consumado, y, para servirnos de la misma expresión de Bismarck, ya sólo faltaba esperar «el efecto de la capa encarnada en el toro galo.»

XVII

La historia de aquellos terribles días desconcierta el espíritu y desgarrá el corazón. Si fuese verosímil, la narración dejaría de ser exacta. En los actos de nuestro gobierno no se ve lógica alguna, sino miras doblemente ofuscadas, en unos por la trastornadora grandiosidad de las cosas, en otros por la exasperación, y en medio de todo esto la mezcla más singular de una infatuación que sorprende y de una ingenuidad que confunde. De todas las incoherencias, he aquí la principal. Los que gobiernan la Francia han pasmado al mundo con dos grandes temeridades: la que dictó la declaración del 6 de julio y la que, seis días después, prolongó con la demanda de garantías un conflicto virtualmente terminado. Ahora los pensamientos se atenúan visiblemente. Contra la precipitación de Gramont que lo ha echado todo á perder, contra el optimismo de Leboeuf que no ha hecho más que estimular, los demás ministros experimentan veleidades de resistencia, aventuran objeciones é intervienen tímidamente, porque desconfían de sus propios conocimientos y tardíamente, porque lo poco de que se han enterado lo han sabido después de consumados los hechos. El mismo Gramont parece aflojar á intervalos. Este arrepentimiento, que nada puede ya salvar, es lastimoso. Hasta ahora han reinado la agitación en París y la calma en Berlín. De pronto la corriente cambia, y mientras el gobierno francés se inclina á suavizar sus pensamientos, Bismarck, que á su vez se ha vuelto audaz, le aprisiona en el círculo en que le han encerrado sus imprudencias, sin dejarle más condición que la de agravar sus temeridades.

(1) Discurso del canciller Caprivi en el Reichstag, 23 de noviembre de 1892.

Todo el día 14 se resume en este trágico contraste: por un lado la Francia indecisa ante las medidas supremas; por otro lado la Prusia ejerciendo imperiosa presión sobre el adversario y obligándole a consumar la agresión.

En la mañana del mismo día 14 los ministros se reunieron. El duque de Gramont leyó a sus colegas los telegramas que había recibido la víspera de Ems y que anunciaban el fracaso de la demanda de garantías y la negativa de audiencia. Estas noticias eran de mal augurio. Sin embargo, no había en los telegramas nada que dejase adivinar que el monarca hubiese faltado a la cortesía ó el diplomático a las conveniencias. Además se tenían dos cosas: la renuncia, que era positiva, y la aprobación del rey, que era oficial. De ahí la secreta esperanza de una fórmula de transacción que se adoptaría *in extremis*. En esto se supo por el telégrafo el artículo publicado la noche anterior por la oficiosa *Gaceta de la Alemania del Norte*. Era el primero de los inteligentes aguijonazos destinados á exasperar «al toro galo.»

Siguieron deliberando. De la información de un periódico, aunque este periódico fuese oficioso, podía, en rigor, hacerse caso omiso. A las diez llegaba á la estación del Norte el expreso de Alemania. Aquel día fué portador del informe redactado por Benedetti y que resumía la jornada del 13. Los términos mismos del documento reflejaban la magnitud de las inquietudes. Aludiendo á la demanda de seguridades para el porvenir, el embajador se expresaba en estos términos: «Todo me hace creer que el rey está firmemente decidido á negarnos esta satisfacción. A pesar de la acogida aparentemente amable que no ha cesado de dispensar á mis instancias, he podido observar que se resignaba, con tanto pesar como repugnancia, á solucionar las dificultades que ha contribuido á crear.» Benedetti añadía más adelante: «Preveo que á partir de este momento me será menos fácil hablar con Su Majestad, y no dudo que ha querido evitar el darme ocasión de hacerlo, al confiar á uno de sus oficiales el encargo de notificarme la resolución del príncipe de Hohenzollern.» De modo que todo acababa de nublarse, no sólo en Berlín, sino que también en Ems, donde visiblemente dominaban las influencias procedentes de Berlín.

A las doce se suspendió la deliberación (1). Los que habían desencadenado el viento se asombraban de que estallase la tempestad. El duque de Gramont, á juzgar por su memoria justificativa, parece haber esperado, hasta en aquel momento supremo, que una bienhechora providencia le substraería á las consecuencias de sus temeridades. Esta providencia ¿se manifestaría en forma de una intervención de las potencias? Estas obraban, pero con frialdad y sin confianza. En la mañana del mismo 14 de julio, nuestro ministro de Negocios extranjeros se enteró de que el conde Granville acababa de sugerir á Prusia la idea de una transacción: Francia renunciaría á la demanda de seguridades para el porvenir, y, en cambio, el rey Guillermo comunicaría oficialmente al gabinete de las Tullerías su adhesión al desistimiento. El arreglo era equitativo. Pero lord Granville, que lo proponía, se mostraba de una buena voluntad

(1) Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, pág. 207.

muy fría desde la exigencia del gobierno francés; el conde de Bernstorff, á quien fué comunicado el proyecto de transacción, era enemigo declarado de Francia, y Bismarck, que tendría en sus manos la decisión, ya sólo aspiraba á la guerra.

Gramont había aprovechado la interrupción del consejo para regresar al hotel del muelle de Orsay. Acababa de llegar cuando le anunciaron al Sr. de Werther. Este llevaba en el rostro una impresión llena de tristeza. Sus antiguas relaciones con el duque le permitían cierta familiaridad: «Debo confesaros, le dijo sin preámbulos, que me encuentro en una situación muy penosa: se me ha desautorizado.» Aludiendo al proyecto de carta imaginado dos días antes por Gramont, á la *carta de excusas*, como ya decían los cortesanos del rey, el embajador añadió con embarazo: «Me reprochan mucho el haber aceptado vuestra sugestión y el haberla recomendado... Sin embargo, continuó como hablando para sí, no la apoyé sino en forma muy respetuosa.» Y terminó con estas palabras: «Tengo orden de hacer uso de licencia y de partir inmediatamente. El Sr. conde de Solms me reemplazará como encargado de Negocios.» Esta partida, que disimulaba apenas un llamamiento definitivo, era nueva señal de ruptura. Ambos hombres se estrecharon tristemente la mano, ya que aún podían hacerlo, y se separaron para no volverse á ver.

Por la ciudad circulaban rumores belicosos. Ciertos periódicos de la mañana, en sus artículos de fondo compuestos el día anterior, reflejaban aún una nota pacífica. Pero, en la misma página, aparecían los recientes telegramas que señalaban la vuelta de las complicaciones. Abierta la Bolsa, sucedieron las ventas sin interrupción, como si se hundiera la fortuna pública. Subía hacia el gobierno el agitado rumor de una muchedumbre ardiente y crédula que, en el exceso de su enervamiento, juzgaba que la demora era el peor de los males. ¿Qué sería cuando los periódicos de la tarde diesen á conocer la información sensacional publicada la noche del 13 en Berlín? En medio de semejante agitación se reunió de nuevo el Consejo, y esta vez deliberó oficialmente en las Tullerías bajo la presidencia del emperador. Los miembros de la mayoría volvieron á abogar por la paz. Convenían en que la situación se había agravado mucho durante las últimas veinticuatro horas; pero, una vez obtenida y aprobada la renuncia, ¡cuán secundaria no era la cuestión de las garantías! A los impresionados por la negativa de audiencia contestaban pidiendo que no se precipitasen, que esperasen nuevas aclaraciones, é invocaban los riesgos de las batallas y la incertidumbre de las alianzas. El más resuelto era Plichón, hombre de formas algo rudas y bruscas, pero sincero y clarevidente, sensato y valeroso. Aprovechando uno de los momentos en que los miembros del Consejo se habían apartado algo, se acercó al emperador y en voz baja le conjuró que no comprometiese en la guerra su país y su trono: «Señor, le dije, entre el rey Guillermo y vos la partida no es igual. El rey puede perder varias batallas. Para Vuestra Majestad la derrota es la Revolución.» El soberano no se manifestó sorprendido ni ofendido por esta audacia. «¡Ah, señor Plichón!, contestó, me decís cosas muy tristes, pero os doy gracias por vuestra franqueza.» Después de lo cual, eludió la conversación. Al revés de la opinión ficticia

y ruidosa cuyo eco subía hasta la sala del Consejo, revelábase en los informes de los prefectos el verdadero sentimiento de Francia. De todos estos informes, sólo quince se pronunciaban claramente por la guerra; los demás evitaban llegar á una conclusión ó ponían de relieve la perturbación profunda que resultaría de un conflicto. Lo que más preocupaba eran las fuerzas militares. Por centésima vez se interrogó al mariscal Leboeuf, quien con acento de presunción, y también de impaciencia, porque le molestaba que dudasen de su palabra, repitió que estaban preparados, del todo preparados; que llevaban al menos quince días de ventaja á Prusia; que si no hacían la guerra en seguida, perderían una ocasión que no se les volvería á presentar (1).

Mientras deliberaba el Consejo, llegaron de Ems nuevos telegramas. Eran largos y se empleó algún tiempo en descifrarlos. Atestiguaban el progreso de las influencias guerreras. Por la mañana Benedetti, en la imposibilidad de hablar con el rey, se había dirigido al ministro del Interior, Sr. conde de Eulemburgo, quien, después de haberle prometido servir de intermediario cerca del soberano, le había notificado «brevemente que no tenía noticia alguna que darle.» A propósito del telegrama publicado la víspera en Berlín, el embajador de Francia manifestaba que no había hecho confidencias á nadie: «Estoy, pues, autorizado á creer, decía, que dicho telegrama partió del gabinete del rey.» El resto de los informes no era menos sombrío: «Llega á mi noticia, comunicaba Benedetti, que desde anoche se habla en torno del rey un lenguaje deplorable.» «El rey, añadía el diplomático, parte hoy á las tres para Coblenza, á fin de hacer, según dicen, una visita á la reina. ¿Volverá esta noche, como aseguran, ó saldrá definitivamente de Ems para regresar á Berlín? Lo ignoro.»

Una tras otra se desvanecían las probabilidades de paz, como se apagan en el lecho de un moribundo los últimos destellos de la esperanza. En tan crítica situación, el peligro de extremar las cosas era menor que el de dejarse coger desprevenido. Hacía algunos días que Leboeuf reclamaba la movilización, amenazando con dimitir si no era acordada. La gran cuestión fué largamente debatida. El mariscal se apoyó en diversos informes: le habían asegurado que los *Landwehrmanns* prusianos residentes fuera de su país habían sido llamados á sus respectivas circunscripciones militares; le habían avisado que Prusia negociaba en el extranjero importantes compras de caballos, y procuró demostrar que las instituciones militares de la Alemania del Norte permitían pasar muy rápidamente del pie de paz al pie de guerra: por cuyas razones importaba no dejarse tomar la delantera. A pesar de estas graves consideraciones, el temor de destruir todo arreglo prolongó algún tiempo la incertidumbre. Ante las críticas, Leboeuf se enfureció hasta la violencia, al decir de una de las personas presentes. Por último triunfó el partido de la movilización, que fué adoptada casi por unanimidad. Eran las cuatro de la tarde. El mariscal salió en seguida de las Tullerías para ir al ministerio de la Guerra á mandar ejecutar sus órdenes (2).

(1) *Papeles inéditos de M. Louvet*.

(2) *Enquête sur le gouvernement de la Défense nationale* (declaración de Leboeuf), pág. 47.

Los actos se orientaban decididamente hacia la guerra, y, sin embargo, los pensamientos no querían aún resignarse á ella. Emilio Ollivier se esforzaba en buscar una solución que no fuese el entero abandono de las garantías y que no fuese la guerra tampoco, elevándose, en tan honroso como vano afán, á conceptos admirables, según escribió uno de los miembros del Consejo. En esto el Cuerpo legislativo se había unido y, en medio de conversaciones ruidosas, discutía los presupuestos de obras públicas. El banco ministerial estaba desocupado. Algunos consejeros oficiosos penetraron hasta las Tullerías y reclamaron casi imperiosamente que se hiciese á las Cámaras una comunicación pública. Los consejeros oficiales del emperador se guardaron de hacer tal cosa. Plichón estuvo un momento en el Palacio Borbón y habló con Thiers. Louvet atravesó el hemicycle y desapareció después de haber declarado que «la situación era tirante.» Pasóse á la discusión de los presupuestos de Bellas Artes, y Mauricio Richard los defendió brevemente en la tribuna. En la ciudad los periódicos de oposición empezaban á circular provocando un aumento de consternación entre la gente pacífica y un aumento de cólera entre la gente belicosa. Los diplomáticos preparaban sus despachos para el correo de la noche.

En las Tullerías se prolongaba una deliberación lánguida y penosa. «Durante seis horas, ha referido el duque de Gramont, todas las soluciones posibles fueron sucesivamente discutidas y analizadas.» De estos ansiosos y tardíos esfuerzos nació una combinación que pareció un supremo recurso. Díjose que se trataba de un principio tácitamente adoptado de que ningún príncipe, perteneciente á cualquiera de las grandes potencias, había de ser llamado á ocupar un trono extranjero sin el asentimiento de Europa. Fundándose en esta regla, el gabinete de las Tullerías pediría á los grandes Estados reunidos en congreso que confirmasen esta jurisprudencia internacional. ¿Quién sugirió el expediente? En la memoria en que consignó los acontecimientos de aquellos famosos días, Louvet atribuye la proposición al duque de Gramont. Los que habían atizado el incendio se ingeniaban por apagarlo. A la palabra congreso que tantas veces había resonado en sus declaraciones públicas, el emperador se reanimó, exclamando con un acento de viva aprobación: «¡Eso es!, ¡eso es!» Y se asegura que su emoción se tradujo en lágrimas. Hacia una hora que el mariscal Leboeuf se encontraba en el ministerio de la Guerra expidiendo las órdenes de movilización. A escape, Napoleón le escribió una carta que, sin revocar formalmente la medida, la deploraba y dejaba entrever una solución mejor. Se convino que Emilio Ollivier redactaría una declaración conciliadora, conforme al deseo del emperador y de la mayoría de los ministros, y en el acto empezó aquél á escribirla.

El soberano, pensando acertadamente, habría querido que el asunto se despachara de prisa, que se entretuviera la sesión de la Cámara y que aquella misma tarde se llevara el mensaje al Palacio Borbón; pero eran las seis y la fatiga y el enervamiento de todos eran extraordinarios, y como además la primera redacción parecía adolecer de algunas deficiencias, se convino en que sin imprudencia podría esperarse al día siguiente. El manifiesto sería, pues, leído el 15 al comenzar la se-

sión, y bajo aquella impresión de semi-calma, separóse el Consejo entre seis y siete de la tarde (1).

En Saint-Cloud, en donde dominaban las más funestas pasiones, las que nacen de la presunción, de la cólera y de la ignorancia, esperábase con ansiedad el resultado de las deliberaciones de las Tullerías. Al atardecer regresó allí el emperador llevando la débil esperanza de un congreso; pero al saberse que todavía se pensaba en negociaciones, todos á una se mostraron indignados contra la insolencia prusiana que debía ser castigada en el acto. Así hablaban los impacientes, los ambiciosos, los frívolos y los violentos, y no cabe duda de que la emperatriz fomentó, si no inspiró, aquella reprobación. Una reserva muy honrosa, hija de la piedad que inspira el infortunio, ha velado ó suavizado posteriormente la mayor parte de los testimonios públicos que pudieran acusarla; pero de todas las correspondencias manuscritas, de todos los documentos se desprende una impresión muy clara, la de que por parte de Francia la soberana fué la principal fautora de la guerra.

Todo contribuyó á engrosar la corriente belicosa, por un instante contenida. Duraban todavía las protestas cuando se presentó el general Lebœuf, que había recibido el billete del emperador en el momento en que acababa de expedir las órdenes de movilización. Después de tantas incertidumbres y vacilaciones, aquella vacilación nueva le había causado asombro, y lleno de irritación cuanto de extrañeza, había resuelto ir á Saint-Cloud para pedir al emperador que nuevamente reuniera el Consejo. Su intervención y sus exhortaciones necesariamente habían de aumentar la excitación de los militares y de los cortesanos; pero el partido de la guerra había de encontrar, en aquella hora suprema, sus argumentos más decisivos en las noticias llegadas del extranjero.

Bismarck había ido preparando sabiamente sus golpes, los cuales, sucediéndose con pérvida gradación, debían reavivar las cóleras francesas cada vez que parecían apaciguarse. De todos sus manejos el más atrevido y también el más pérvido había sido, como se recordará, comunicar á sus representantes en el extranjero el suelto de la *Gaceta de la Alemania del Norte* con la esperanza de que el despacho, aunque transmitido con carácter no oficial, llegaría á conocimiento de los agentes franceses y por conducto de éstos hasta París, y sería considerado por el gabinete de las Tullerías como la divulgación pública de una ofensa inferida á Francia. El resultado correspondió á este cálculo abominable; en efecto, habiendo comunicado el representante de Prusia en Berna la noticia al presidente de la Confederación Helvética, el ministro del emperador, Sr. de Comminges-Guitant, se enteró del telegrama y anunció á París lo que Prusia osaba publicar en el extranjero. Más tarde, durante la noche, una información casi análoga fué transmitida al muelle de Orsay por nuestro representante en Munich.

Después del Consejo de las Tullerías, el Sr. de Gramont había vuelto al ministerio, en donde recibió uno tras otro los despachos que dejamos mencionados. «Fué,

(1) Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, pág. 212. - *Enquête sur le gouvernement de la Defense Nationale*, declaración Gramont, pág. 103; declaración Lebœuf, pág. 47. - *Papiers et correspondance de M. Louvet*. - Relato del Sr. Segris.

ha dicho posteriormente, una sucesión no interrumpida de informes á cual más graves, y el gobierno hubo al fin de reconocer que se hallaba en presencia de un adversario resuelto á llevarle y, si era preciso, á arrastrarle al terreno del combate (2).»

En tanto, Ollivier, que había regresado á la Cancillería, conservaba la impresión de las resoluciones tranquilizadoras que momentos antes adoptara el Consejo, y se ocupaba en redactar el manifiesto que al día siguiente debía leerse en las Cámaras, cuando vió entrar al duque de Gramont, profundamente emocionado. Llevaba éste en la mano los más recientes despachos, y aludiendo á los telegramas enviados por Bismarck á sus agentes diplomáticos, exclamó: «Es un bofetón dado por Prusia en la mejilla de Francia, y antes que soportar tamaño ultraje dimitiré mi cartera (3).» Un juicio completamente dueño de sí mismo habría comprobado la índole de la información, habría investigado quién tenía interés en publicar la supuesta ofensa, y puesto que comenzaba á hablarse de insultador y de insultado, habría, antes de adoptar ninguna resolución, interrogado al que con una sola palabra podía aclararlo todo, es decir, al Sr. Benedetti. Precisamente el embajador acababa de salir de Ems y al día siguiente debía hallarse en París; y aun mientras se esperaba su llegada, su último despacho, expedido á las cuatro de la tarde, era muy á propósito para poner sobre aviso, puesto que el embajador al mismo tiempo que transmitía informes muy graves, pues anunciaba que el rey no tenía ya nada que comunicarle, decía que dos horas antes se había despedido del monarca en la estación de Ems. Si el Sr. Benedetti no había estado deferente con el rey el día 13, y si éste, el mismo día, no había guardado las debidas atenciones al Sr. Benedetti, ¿cómo se comprendía que el 14 el diplomático francés hubiese ido á presentar con la mayor corrección sus homenajes al soberano y que el soberano, también con la mayor corrección, hubiese ido á despedirse del diplomático francés? Quizás una corta información hecha con calma hubiera puesto de manifiesto la intriga y desenmascarado públicamente al agente provocador. No nos cansaremos de repetirlo: lo que más faltó en aquella crisis fué la sangre fría. El duque de Gramont, que después de una reacción de prudencia había vuelto á su estado de exaltación, al creerse burlado y ultrajado, experimentaba una de esas cóleras exasperadas que no admiten reflexiones ni aplazamientos. Emilio Ollivier, aunque consternado porque la guerra era la destrucción de su obra liberal, no contradijo á su colega que consideraba comprometido el honor nacional. Aquel á quien la opinión pública juzgaba como verdadero jefe del gabinete había hasta entonces tratado de contener la corriente belicosa; mas desde aquel momento, creyendo en la existencia de un insulto irreparable, también él se inclinó á la guerra.

Lebœuf exigía la reunión de un nuevo consejo que confirmara las medidas militares adoptadas aquella tarde; y á las instancias del mariscal se juntaban los deseos del duque de Gramont, impaciente ya porque todo se consumara. Los ministros fueron llamados

(2) Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, págs. 220-221.

(3) Relato hecho por Ollivier al Sr. Rothán en 5 de mayo de 1871 (Rothán, *L'Allemagne et l'Italie*, tomo I, págs. 18-19.)

precipitadamente á Saint-Cloud, tan precipitadamente que no todos pudieron acudir al llamamiento del soberano. El Sr. Segris no recibió el aviso á tiempo; el Sr. Louvet, al parecer, no fué convocado, y el Sr. Plichón, que estaba fuera de su casa, salió tarde de París. Los consejeros del emperador acudieron uno después de otro, consternados por la espantosa responsabilidad que sobre ellos pesaba. Eran las diez de la noche cuando empezó la deliberación, deliberación ansiosa y corta que apenas merece el nombre de tal. En un principio la mayoría se negó á revocarse; fiel á las resoluciones acordadas por la tarde, era partidaria de que se intentaran nuevos esfuerzos diplomáticos y entendía además que la prudencia imponía la suspensión de la movilización ya acordada. En esto tomó la palabra el duque de Gramont y presentó los despachos que durante la noche se habían recibido y uno de los cuales, sin que jamás haya podido precisarse cuál de ellos, causó una impresión profunda. La emperatriz, muy sobreexcitada, intervino en la discusión, declarando en términos vehementes que la lucha era inevitable si se quería mantener incólume el honor de Francia (1), lenguaje que apoyó enérgicamente Lebœuf. Bajo esta presión los ministros cedieron; no todos, sin embargo, ya que, según parece, uno de ellos se mostró hasta el fin hostil á las resoluciones extremas (2). El acuerdo fué mantener las órdenes de movilización, y en cuanto al mensaje que debía someterse á las Cámaras se cambió radicalmente su sentido: á las seis de la tarde habíase convenido en que aquel documento anunciaría la reunión de un Congreso; á las once de la noche, modificadas por completo las circunstancias, decidióse que anunciaría la guerra.

XVIII

Los ministros salieron de Saint-Cloud á altas horas de la noche, y á las primeras de la mañana del 15 circularon por París rumores de una audiencia negada, de un embajador despedido, de ofensa que hacía inevitable la guerra. El público leyó con avidez los diarios que reproducían aquellos rumores, aunque sin concretarlos, y que, en su casi totalidad, acentuaban la nota belicosa.

En el Cuerpo legislativo se desvanecieron las incertidumbres. Las interpelaciones formuladas el 12 por Clemente Duvernois y el 13 por el barón Jerónimo David habían sido reunidas en una, y precisamente figuraban en la orden del día de la sesión. Desde las once formáronse numerosos grupos en las inmediaciones del Palacio Borbón, y muy pronto se llenaron completamente las tribunas, mientras los diputados, diseminados por los pasillos, discutían acaloradamente las probabilidades cada vez mayores de la guerra.

Los ministros habían sido convocados nuevamente en Saint-Cloud, y en aquella reunión el duque de Gramont leyó el proyecto de mensaje cuyos términos había convenido con Emilio Ollivier. Los miembros de la minoría, la víspera y la antevíspera tan fecundos en argumentos, permanecieron silenciosos; sentíanse arrolla.

(1) Relato hecho por el duque de Gramont á lord Malmesbury (Malmesbury, *Memoirs of an ex-minister*, tomo II, pág. 415).

(2) *Considerations sur l'histoire du second Empire*, por M. de Parieu, pág. 23.

dos y después de haber multiplicado los consejos prudentes se rendían á los hechos por cansancio, por impotencia, por desconfianza en su propio criterio, aparte de que no dejaban en cierto modo de considerar insultantes los procedimientos de Prusia y temían que se sospechara de su patriotismo. En cuanto á los demás ministros, á sus vacilaciones había substituído una energía que procuraba sobreexcitarse á sí misma. El manifiesto, apenas enmendado en algunos puntos, fué adoptado por unanimidad.

Los diplomáticos no habían interrumpido sus gestiones, pero las continuaban sin ninguna esperanza. Durante la noche lord Lyons había enviado tres *memorándums* al ministerio de Negocios extranjeros. Después de la deliberación de los ministros trató de ver al duque de Gramont, sin conseguirlo; mas no le contrarió esto gran cosa: «No habría podido hacer modificar una resolución adoptada ya por el emperador,» escribía al jefe del *Foreign-Office*. Iguales impresiones de descorazonamiento expresaba el Sr. de Metternich: «He procurado, escribía al Sr. de Beust, desempeñar lo mejor posible mi papel de conciliador, pero los acontecimientos se han precipitado demasiado para que los consejos de prudencia hayan podido llegar á tiempo.»

A la una, el duque de Gramont y Emilio Ollivier se dirigieron el primero al Luxemburgo y el segundo al Palacio Borbón, á fin de dar lectura á la declaración del gobierno. Los senadores acogieron con aclamaciones entusiastas las palabras oficiales; pero tales manifestaciones, hijas de la adulación ó de un patriotismo mal ilustrado, importan poco á la historia, y aquellos ancianos fogosos y débiles habían de desaparecer muy pronto tan inadvertidamente como habían vivido. En cambio lo que ocurrió en el Cuerpo legislativo merece ser mencionado.

Emilio Ollivier, después de haber recordado el manifiesto del 6 de julio, expuso que el gobierno no había querido pedir nada á España, por temor de herir sus susceptibilidades, ni influir cerca del príncipe de Hohenzollern, á quien se consideraba como protegido por el rey. La declaración decía luego:

«El ministerio de Negocios extranjeros prusiano nos desahució afirmando que nada sabía del asunto y que el gabinete de Berlín había sido ajeno al mismo, en vista de lo cual hubimos de dirigirnos al mismo rey y ordenamos á nuestro embajador que fuera á Ems á avistarse con Su Majestad.

«Mientras discutíamos con Prusia vino el desistimiento del príncipe Leopoldo de donde no lo esperábamos, y nos fué entregado en 12 de julio por el embajador de España.

«Habiendo el rey querido permanecer ajeno á esta determinación, le pedimos que se asociara á ella y que declarara que si, por uno de estos cambios siempre posibles en un país que acababa de salir de una revolución, España ofrecía nuevamente la corona al príncipe Leopoldo, no le autorizaría para aceptarla.

«El rey consintió en aprobar la renuncia del príncipe Leopoldo, pero se negó á declarar que no autorizaría en lo porvenir la reproducción de esta candidatura... Aunque esta negativa nos pareció injusta, nuestro de-